
TRES AÑOS Y UN DÍA

Hoy sale Enrique Lihn. La muerte no puede morder dos veces el mismo cuerpo. Con seguridad llegará a "El Cuervo". Enrique Lihn está libre. Nos interrogará como es la costumbre y responderemos a coro: **AQUI NO PASA NADA**. Pero él no verá en nosotros asco ni desesperación; nos verá sentados en ese bar como en los bancos de una escuela: esperando instrucción. Una pena le inundará los ojos y entredientes murmurará algo de la "medianía".

(Continúa pág. 2)

Le diremos, entonces, que sabemos de sobra que la cultura es el más profundo de los cultivos y jamás de los jamases la monserga de la instrucción y el progreso. ¡Pero quién lo entiende!

Lo bueno es que Enrique Lihn está de nuevo con nosotros y eso es conversación e imaginación.

Pondrá sobre la mesa sus cartas, poemas y fotos, la línea de sus dibujos y apostillas, y todo el arsenal poético que la cárcel de la muerte no le pudo confiscar. Algunos de nosotros pondrán las nuestras en abanico, escritas con tinta inmediata; muchas de ellas solemnes o traspasadas de innumerables recuerdos. Bajo los escasos watts de los "nuevos tiempos", paladaremos los sabores idénticos de la alegría y la miseria.

Beberemos algún vino porque entre la simplicidad de la muerte y la nitidez de la vida, esos estados casi imposibles – (píldora valeryana) – la literatura, el rito funerario por excelencia, no tiene más compañía que sus propias palabras y el vaso de vino correspondiente.

Después de veinte años sabemos que los hechos no cambian a hombres y mujeres. La historia es una ficción más y sus protagonistas, muertos y muertos en vida. Como para volver a entonar el grito de Patricio Marchant en el Cincuentenario de Enrique Lihn (1979): "¡Más vale muerto que nunca!"

¡Salud, Enrique Lihn! Qué bueno que te paseaste por estos lados y que ahora estás aquí.